

CAPÍTULO II

EL ALUMNO ANTE EL TEXTO LITERARIO

En el curso de los procesos escolares la literatura deja de ser un acto privado y se convierte en una obligación. Un alumno lee en clase porque es su deber como alumno, tiene que comentar lo que leyó y será evaluado a criterio del profesor a través de sus comentarios acertados o desatinados. Recuerdo que en cierta ocasión una de mis profesoras preguntó a la clase si habíamos llorado con el libro que había sido asignado para esa sesión. Fue una pregunta que me cayó como valde de agua fría, porque nunca nadie, en toda mi experiencia como alumna (aún en la licenciatura de literatura) me había preguntado algo semejante. Su pregunta dio pie a otro tipo de comentarios, que surgieron primero tímidamente, pero que indudablemente mostraron otro aspecto de la literatura que no se toma mucho en cuenta en las clases de nivel superior dentro de una Universidad. Los que estábamos en el salón dejamos de ser alumnos, evaluados por la profesora, para ser un grupo de lectores conmovidos por la experiencia íntima que el libro había provocado en nosotros. La sorpresa que causó esta pregunta, entre un grupo de alumnos que en su mayoría han tomado clases de literatura toda su vida, trae consigo una reflexión sobre la manera en que se enseña la literatura en la escuela, pero también sobre la concepción de la literatura cuando ésta deja de ser un acto realizado en soledad.

II. A El acto social de leer

El temor hacia la literatura va más allá de la dificultad indudable que un texto presenta por sí mismo. Con frecuencia se piensa que el involucrarse con un libro, tanto emocional como intelectualmente, es un acto fácil que resulta de la adquisición de cierto tipo de conocimiento. Sin embargo, el temor hacia los libros no implica únicamente la intimidación que un texto difícil, o que nos parece inaccesible, puede traer consigo. Existe un distanciamiento hacia los libros que es extrínseco y está íntimamente relacionado con el acto social de leer. La lectura ha sido desde tiempos antiguos una actividad que tiene un carácter político, no sólo se lee para adquirir conocimiento, o se escribe para transmitir la verdad. Se escribe tratando de validar una visión particular del mundo. Además, hay para quienes la lectura es una actividad que presupone entrar en conflicto con costumbres, con ciertos valores del grupo o con las actividades apreciadas por la comunidad donde se vive, pues no sólo importa lo que se lee, sino el acto mismo de leer, en contraposición a otras actividades que el grupo considera más valiosas o útiles. Dentro de la escuela, la lectura adquiere también matices diversos, ya que se convierte en un acto obligatorio y evaluado. Los métodos de enseñanza oscilan entre el subjetivismo y el rigor científico y muchas veces confunden o alejan a los alumnos de la literatura.

a. La lectura como acto político

Una persona que lee tiene más oportunidades para acceder a distintas ideas y visiones del mundo que alguien iletrado. Las palabras permiten también nombrar experiencias, temores o sueños, de cierta manera le dan sentido a lo que uno vive. Así, “tal vez no haya nada peor... que la humillación en el mundo actual de quedarse fuera del mundo del lenguaje escrito” (Petit; 1999: 41). Aún así, una cualidad intrínseca de la escritura es: “*to tell lies as well as truth, to bamboozle and exploit as well as to educate, to make minds lazy as well as to stretch them*” (Robinson; 1999: 8). La lectura, la palabra escrita puede ser símbolo de poder y de represión o de rebelión y liberación. Por ejemplo:

Los propietarios de esclavos [en Carolina del Norte] temían que los negros encontraran en los libros ideas revolucionarias que constituirían una amenaza para su poder, ya sea que tuvieran la posibilidad de leer volantes llamando la abolición de la esclavitud, o incluso que a través de la lectura de la Biblia, se abrieran a las ideas de rebelión... [igualmente] *Don Quijote* fue prohibido en Chile en 1981 por la junta militar, porque Pinochet pensaba.. que contenía un alegato en pro de la libertad individual y un ataque contra la autoridad en turno (Petit;1999: 117)

La escritura y el acto de leer pueden ser vistos desde cualquiera de sus dos caras. Por un lado, presentan conocimiento y traen consigo ideas nuevas, por el otro pueden representar una autoridad que al ser escrita aparece estática e incuestionable. Desde tiempos antiguos una de las principales funciones de la escritura ha sido la de hacer propaganda. No es la verdad, ni el conocimiento lo que se busca, sino sustentar y

legitimizar una visión y un gobierno particular. *“Writing... put agreements, laws, commandments on record. It made the growth of the states larger than the old city states possible. The command of the priest or king and his seal could go far beyond his sight and voice and could survive his death”*. (Wells citado por Robinson; 1999: 9) Levis Strauss dice:

La función primaria de la comunicación escrita es favorecer la sumisión. El empleo de la escritura para fines desinteresados, con el objetivo de encontrar en ella satisfacciones intelectuales y estéticas, es un resultado secundario, y se reduce casi siempre a un medio para reforzar, justificar o disimular al otro. (citado por Petit;1999: 24)

En uno de los templos egipcios existen representaciones pictográficas de la batalla de Kadesh, peleada por Ramesses II contra los hititas en 1285 BC. Según los jeroglíficos, fueron los egipcios los que ganaron la batalla. Sin embargo, en el templo de la capital hitita de Boghaskoy existe otra versión de la misma guerra, sólo que ahora son los hititas los que sustentan el triunfo. (Robinson; 1999: 9).

Leer puede ser interpretado como un acto político. Fuera de lo que diga o no diga un texto determinado, de que se lea por puro placer estético o cómo una manera de conocer más sobre algo, el acto mismo de leer, de elegir leer sobre otra actividad determina una cierta posición ante la vida. “La lectura no es una actividad aislada: encuentra –o deja de encontrar- su lugar en un conjunto de actividades dotadas de sentido” (108).

b. La lectura y la comunidad

Existen ciertos tabúes o estereotipos que acompañan a la literatura o a la persona que lee. La lectura, aún cuando puede ser un acto privado, no deja de ser una actividad que se lleva a cabo dentro de un espacio, por lo tanto dentro de una comunidad. La persona que lee no nada más lee, sino que lee mientras que los demás hacen otras actividades. La lectura de obras literarias, al ser una actividad cuya “utilidad” no está bien definida, especialmente en un mundo regido por una mentalidad capitalista, la hace también parecer muchas veces como una actividad sospechosa o improductiva¹.

El lenguaje escrito trae consigo la idea de poder y elitismo, y para muchos que se atreven a leer, esto los puede alejar de las costumbres o actividades aprobadas dentro de su comunidad. La desconfianza de lo que se piensa es propio de los ricos y la culpabilidad que se identifica con el acto de leer, pueden alejar a los alumnos de la literatura.

En una conversación entre alumnos y profesora en una escuela primaria marginada de la ciudad de México se dijo:

Maestra: ¿entonces qué entendemos por conversación informal?

Alumno: como hablan los de la onda

Maestra: ¿y por conversación formal?

Alumno: como hablan los ricachones

(Edwards; 2001; 165)

¹ Por improductiva quiero decir, que no trae consigo un bien material por sí misma, o que no es bien remunerada.

Aún cuando estos alumnos se refieren a un tipo de conversación, tanto la conversación formal como informal son dos tipos de comunicación (lenguajes) cargados de sentido; representan modos y usos que se relacionan con clases sociales y con valores que se aprecian. De la misma manera, el lenguaje escrito puede parecer a los alumnos propio de otra clase social, propio de un universo distinto al que en ellos viven y al cual valoran. Alguien que adopta un lenguaje distinto, perteneciendo al mismo círculo, deja de ser de “los de la onda” (nosotros) para ser de “los ricachones” (los otros). Así, la lectura puede ser tomada como un acto de rebelión, de distanciamiento de la comunidad o de la clase social a la que se pertenece. La represión, como innumerables ejemplos en la historia lo prueban, no viene únicamente de los poderosos hacia los débiles, sino de los mismos miembros del grupo.

El siguiente ejemplo es de un escritor indígena defendiendo la lengua de su etnia. Habla sobre la importancia de la palabra escrita como medio de poder y de permanencia. La palabra escrita legitima prácticas y costumbres.

Mucho de lo que nos hace ser tojolabales permanece en nuestra lengua, nuestra palabra, que muestra el significado de nuestra existencia.... No es bueno siempre todo lo que los *kaxlanes* nos enseñan. No es correcto hablar sólo el castellano y depreciar nuestra propia lengua. No es correcto darle la espalda a nuestra propia lengua y ponernos a hablar, leer y escribir sólo en español ¡no!, dediquémonos también a escribir nuestra propia palabra, acordémonos que nuestro idioma es el tojolabal.... Procurémos escribir nuestra voz, nuestra palabra legítima... ¿por qué esperar siempre que los *kaxlanes* o ladinos vengán a escribir la vida e historia de nuestras comunidades? (Gomez; 1999: 21-22)

La lucha de los escritores y activistas indígenas por adquirir la palabra y a través del lenguaje escrito igualdad, es sin lugar a dudas justa, sin embargo el presente ejemplo muestra también otra cosa. Muestra la dificultad que representaría tanto para un maestro enseñar, como para un alumno leer una obra literaria en castellano. Un ávido lector tojolabal enfrentaría grandes obstáculos para leer sin confrontar prejuicios y escarnios; aún más si encuentra en la literatura castellana el placer que tal vez no tiene para él la incipiente literatura tojolabal.

El alumno que lee se encuentra, sin quererlo, tomando una posición ante el mundo y ante los demás. Esta cuestión está presente también en la misma literatura, como una preocupación que se transforma en arte. La lectura de novelas de caballería es lo que volvió loco a don Quijote, lo que lo alejó del “mundo real” y lo separó de las habituales costumbres y modos de comportamiento de sus contemporáneos. “... estos malditos libros de caballerías que el tiene y suele leer tan de ordinario le han vuelto el juicio... Encomendados sean a Satanás y a Barrabás tales libros, que así han echado a perder el más delicado entendimiento que había en toda la Mancha” (Cervantes; 1991:107) Don Quijote se salio de la realidad, de la sociedad donde vivía, se volvió su propio lector. Fue la lectura lo que lo alejó de la comunidad, de los valores que en esa época se perseguían, lo hizo hablar otro lenguaje.

El gusto ambivalente hacia el libro se expresa en toda la novela; por una parte se condenan y queman muchos de los libros de la biblioteca de Don Quijote, por otra, se leen con gusto y se platican con entusiasmo las historias de caballería. En *El Quijote*, el

acto de leer no es una actividad solitaria que se da sin consecuencias para los de alrededor. Esto ocurre no solamente con Don Quijote, quien decide convertirse en caballero andante, sino con otros personajes, como lo muestra esta conversación del ventero y su esposa

A lo menos, de mi se decir que cuando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querría estar oyéndolos noches y días. – y yo ni más ni menos –dijo la ventera-, porque nunca tengo buen rato en mi casa sino aquel que vos estáis escuchando leer; que estáis tan embobado, que no os acordáis de reñir por entonces” (393)

Los personajes se conocen y se relacionan a través de los libros que han leído y de la manera en que estos libros han influido en sus personalidades.

c. La lectura como transformación

La lectura como acto social implica también una transformación interna, todo conocimiento trae, a la persona que conoce, un cambio en su manera de pensar y en su visión del mundo, por mínimo que este pueda llegar a ser. “Leer es arriesgarse a ser alterado, invadido a cada instante. Y el miedo al libro es también el miedo a esa invasión, el miedo a una fisura de nuestro ser, que provocaría el desplome de todo el edificio, de toda la armadura que uno piensa que es su identidad” (Petit; 1999: 118). El temor ha esta alteración no sólo proviene del que se acerca a un libro sino de los que miran en la transformación algo peligroso o inoportuno. La sobrina de Don Quijote dice: “¡ay señor!.. bien los puede vuestra merced mandar quemar.. porque no sería mucho que, habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballeresca, leyendo éstos se le antojase

de hacerse pastor” (Cervantes; 1991: 118). Así mismo, cuando la hija de la ventera, respondiendo a una pregunta hecha por Dorotea contesta qué es lo que ella opina de las novelas de caballería su mamá la reprende diciendo “calla niña –dijo la ventera-, que parece que sabes mucho destas cosas, y no esta bien a las doncellas saber ni hablar tanto” (394).

La transformación que sufre quien lee y los prejuicios y temores de aquellos a su alrededor, indudablemente no son únicamente un tema literario. Basta recordar el altercado que en abril del año pasado provocó la lectura de *Aura* en un salón de clases. (Salas; 2002) Carlos Abascal, secretario de trabajo, logró que la escuela de su hija despidiera a la maestra de literatura por darles a los alumnos a leer libros que él consideraba no eran propios para su edad.

El leer mucho está también relacionado con la pose de ratón de biblioteca en contraposición con la del hombre de acción. Prejuicio que frecuentemente sufren los lectores, aún en un ambiente académico. La distinción entre el hombre de letras y el hombre de acción, es un tema recurrente también en la literatura y es una preocupación con la que se enfrentan los escritores. La lectura, la escritura, se mira como una actividad pasiva, la búsqueda de conocimiento sin un fin tangible es sospechosa y parece inútil. El mismo Don Quijote, en su segundo discurso habla sobre el conflicto entre las letras y las armas, otorgándole al final, una superioridad al soldado sobre el estudiante.

Dicen las letras que sin ellas no se podrían sustentar las armas, porque la guerra también tiene sus leyes y está sujeta a ellas, y que

las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. A esto responden las armas que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas... y finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas... estarían sujetas al rigor y a la confusión que trae consigo la guerra... Alcanzar alguno a ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigiliias, hambre... y otras cosas...; más llegar... a ser buen soldado le cuesta todo lo que al estudiante, en tanto mayor grado, que no tiene comparación, porque a cada paso está a pique de perder la vida. (469-470)

En el mismo Don Quijote se mira la contraposición del hombre letrado y el hombre de acción. Él dejó sus libros para salir a interpretar y actuar lo que antes había leído; transformando éste conocimiento en acción. De cierta manera, Don Quijote al volverse caballero, no solamente toma las armas sino que además concretiza, hace evidente, las alteraciones sufridas por las lecturas.

El temor al escrutinio público que enfrentan los lectores es un factor importante que inhibe la lectura o la convierte en una actividad subrepticia. “Hacerse el listo” o “creerse alguien” (Petit; 1999: 111) son dos frases con las que muchas veces se castigan a los lectores/alumnos interesados en los libros. Estas dos frases denotan sobretodo el ser lo que no se es. Por ejemplo, Don Quijote se cree lo que no es, que en un sentido es otra definición de la locura. Ser lo que no se es es denegar de la comunidad a la que se pertenece, por ejemplo, si la comunidad no lee, no se interesa por lo mismo, no se ve bien que la otra persona lea. “Creerse alguien” es denotar individualidad en contraposición con lo que los demás creen que deba o no deba ser. Así, no nada más se trata de hacer un acto en soledad, el acto de la lectura, sino dejar de hacer un acto en comunidad. “Creerse alguien” y “hacerse el listo” es dejar de ser miembro de un grupo, es identificarse con el otro, ya sea el *kaxlane*, el ricachón, el que tiene poder y a través de la palabra escrita

somete o aún el caballero andante. En un país como México, donde la mayoría de las personas no lee, la soledad propia del acto íntimo de la lectura se convierte también en la soledad de los lectores.

La ausencia de los libros, la imposición de “lo útil”, la desconfianza respecto a lo que se piensa que es algo propio de los ricos, o de los mismos explotadores... el temor ante el libro, que puede alterar al lector, llevarlo a otras partes, alejarlo de los suyos, emanciparlo del grupo... (Petit; 121-122)

Otra dimensión en relación a estos temores es más profunda y tiene que ver con el distanciamiento de Dios. El conocimiento que trae consigo la lectura, la transformación que opera dentro de la persona que conoce, y que la aleja de los demás que no lo hacen, es el conocimiento vía la serpiente, la manzana y aquello que aleja a Adán y a Eva del paraíso. Por eso muchos libros eran quemados durante la Inquisición, o la Biblia era leída por el clero. La fruta del árbol prohibido era la fruta del conocimiento. Los románticos (como Rousseau) creen también en el buen salvaje. La felicidad en la ignorancia, la naturaleza como pura y buena en contraste con la civilización y el conocimiento que lleva consigo la simiente de la desunión, el caos o la maldad.

Todo esto contribuye a que se vea en la lectura una actividad sospechosa y distante afectando así al alumno en su acercamiento al texto literario. Sin duda, no es únicamente el texto el que ofrece dificultades, la mayor parte de estas, creo, vienen en el acto social de la lectura. El alumno tiene ciertos prejuicios o expectativas de la literatura

en sí, de los libros y del acto mismo de leer, sobretodo cuando la lectura se da en un ambiente público, como es la escuela.

II. B La literatura en la escuela

“Creerse alguien” y “hacerse el listo” no son solamente frases que acompañan a algunos lectores en ciertos ámbitos sociales, son también palabras que parecen influenciar las actitudes de muchos lectores y alumnos ante el resto de la comunidad y en sus acercamientos a los libros. No puedo olvidar mis primeras experiencias con otros estudiantes de literatura al inicio de mi carrera en letras. Los que al principio parecían jóvenes apasionados por la lectura, terminaron siendo, en muchos casos, estudiantes que tomando una actitud “distante y erudita” miraban no solamente los textos, sino a los estudiantes de las demás carreras como inferiores o no tan listos. Comentarios como “que bueno que el edificio de humanidades está aislado del de negocios o ingeniería, entre más lejos de esos mejor” o “es que los de otras carreras no saben tanto como nosotros” son comunes entre los corredores o incluso dentro de los salones de clases de mi escuela. La individualidad que la lectura puede traer consigo, cuando es un acto honesto y apasionado, cambia totalmente cuando se vuelve una pose y una actitud defensiva. La falsa actitud de “académico” o las tan sonadas “deformaciones profesionales” van en detrimento de lo que hace a la literatura algo digno de estudiarse o en primera instancia, de leerse. El diletantismo es también otro temor hacia los libros. Tener una actitud distante y erudita ante el texto permite en muchos casos pasar una materia con buenas calificaciones, impresionar a otros compañeros y mostrar aptitudes

que son indudablemente deseadas en cualquier crítico literario. Sin embargo, “*a critic who doesn’t make a personal statement, in re measurements he himself has made, is merely an unreliable critic. He is not a measurer but a repeater of other men’s results.*” (Pound;1987: 30). Por lo tanto, el distanciarse de una obra y verla sólo como una estructura, el resultado de una ideología, o un ejemplo de una escuela sirve para poder adentrarse de nuevo con mejores armas para entender la obra de arte, pero no se basta para hacer a un buen lector o a un buen crítico literario.

Uno podría... llegar a ser... un experto en la historia de la literatura italiana... sin haber leído ni una sola obra... se puede ser capaz de trazar las grandes líneas del cambio literario, perorar...sobre las características... de los diferentes periodos. [Trabajar así] el marco... con gran detalle, pero el lugar donde debería ir el cuadro queda vacío. (Roosenblatt; 2002 :86)

I.A. Richards en su libro *Practical Criticism* habla sobre un experimento que realizó con sus estudiantes de literatura de la Universidad de Cambridge. Él les pidió que comentaran sobre poemas no identificados, lo que resultó a los alumnos extremadamente difícil. No sabían que poemas escoger, o qué posibles opiniones desarrollar.

En vez de ser capaces de aplicar a los poemas interpretaciones pulcramente rotuladas y juicios apropiados a sus respectivos autores y periodos literarios, se vieron obligados a basar sus comentarios en sus propias... [opiniones]. En la mayoría de los casos su preparación en historia literaria y su caudal de dictámenes críticos sobre la buena poesía les brindaron muy poca ayuda para manejar sus respuestas. (89)

Tomar una actitud erudita, sin el conocimiento o la experiencia, obstruye tanto el proceso de aprendizaje como el contacto sincero y humilde con una obra literaria. Para ser un buen lector se necesita también saber escuchar, y quien mucho tiene en la cabeza y mucho cree que sabe y puede decir, olvida que ante todo está escuchando las palabras escritas por alguien más.

a. Escuela, libertad y literatura

La literatura es libertad, libertad de imaginar, de ser transformado por las obras que se leen, libertad de transportarse a otro mundo y ser crítico ante una autoridad escrita. Un buen lector es un lector que se siente libre ante la obra que lee, libre para opinar y cuestionar la autoridad escrita, libre también para soñar, amar u odiar lo que lee. Libre para aburrirse o emocionarse, y para no tener que fingir un falso saber erudito ante la obra que se le presenta. ¿Cómo se puede enseñar y practicar esta libertad dentro de la escuela? La escuela es al fin y al cabo una institución, los alumnos están restringidos a un espacio físico (por ejemplo edificio, aula, pupitre) son evaluados en su manera de leer, muchas veces en el acto mismo de leer, por ejemplo la lectura en voz alta frente al resto de la clase. La enseñanza dentro de la escuela se constriñe por el tiempo, tiempo que hay para estudiar, para leer, para escribir primeros y únicos versiones de sus escritos. A los estudiantes se les pide que lean en silencio un fragmento y que luego lo comenten. El tiempo en que se tardan en leerlo es limitado y es estándar, como si todos tardaran el mismo tiempo en leer y en entender lo que se lee. La libertad se sacrifica en nombre de la evaluación. Se quiere enseñar a los alumnos a ser críticos, a pensar por sí mismos, a

leer pero se les quita la libertad para cuestionar, para leer sin seguir una guía basada muchas veces en preguntas y respuestas que no sirven más que para constatar que el alumno leyó o no leyó la obra, no si la comprendió o no. Es verdad que los alumnos no tienen la competencia literaria para hacer muchos de los juicios literarios que los libros de texto o los profesores promueven. Sin embargo, la libertad al leer un texto no significa dejar que los alumnos den una interpretación puramente subjetiva sin rebatirles sus respuestas sino darles las herramientas y el conocimiento adecuado y puntual para que puedan comprender y penetrar mejor en el texto o en el fragmento determinado que están leyendo.

b. Creatividad en el aprendizaje literario

El lector también es creativo. El texto puede producir ese instante de percepción balanceada, una experiencia estética completa. Pero éste no será el resultado de la pasividad por parte del lector; la experiencia literaria ha sido expresada, como una transacción entre el lector y el texto... Este llega al libro desde la vida... incluso mientras lee, [las preocupaciones de su vida] están presentes, probablemente como los factores más importantes que guían su experiencia. (62)

Es verdad que el alumno interactúa con el texto, sin embargo, la creatividad no es un don, es una aptitud que se logra adquirir siendo lector. Ser lector es ser sujeto y por lo tanto imprimir la individualidad dentro de lo que se lee. Sin embargo esto no quiere decir que la subjetividad debe de reinar cuando se interpreta un texto. No todas las interpretaciones son igualmente valiosas. Si todo fuera subjetividad en la interacción

entre lector y texto, un lector no crecería como lector, solamente cambiaría de opinión y no habría para que enseñar literatura.

[se deben de evitar] conceptos de moda en la pedagogía lúdica, como el desarrollo de la fantasía o de la creatividad. Nada sería, en efecto, más deseable, pero es, a nuestro juicio, halagar a los alumnos pretender hacerlo sin haber desarrollado antes su atención, curiosidad, sensibilidad y competencia lingüística, es decir, su receptividad. Quien no está capacitado para comprender y disfrutar un texto ajeno, difícilmente podrá <<crear>> algo útil. (Carreira; 299)

Ser lector creativo no es acallar la voz del autor, basando toda reacción estética en las experiencias vividas. Un buen lector siente a través de lo que lee, pero esto no quiere decir que imponga sus prejuicios y sus temores sobre lo que el autor intenta decir con su obra. Identificar demasiado al alumno con lo que lee, sin darle ningún reto para que se salga de su vida, es impedir a la literatura que lo transforme. Dar a los alumnos a leer libros que narran experiencias similares a las vividas por ellos mismos como medio para atraerlos a la literatura no es la manera de acercarlos a un texto. La verdadera obra de arte, logra lo contrario, que los viejos se identifiquen con los jóvenes, que los hombres con las mujeres.

Es también por el hecho de que al experimentar, en un texto, tanto la propia verdad íntima como la humanidad compartida..., [como] cambia la relación con el prójimo. Leer no aísla del mundo. Leer introduce en el mundo de forma diferente. Lo más íntimo puede alcanzar en este acto lo más universal. (Petit; 1999: 42-43)

Leer textos fáciles, escogidos sólo como supuestos medios para acercar a los alumnos a la literatura, sólo los prepara para leer textos fáciles. Si no hay tiempo

suficiente, como indudablemente no lo hay dentro de la escuela, se deben de leer a los mejores ¿Cuál es el papel entonces de la imaginación, si se cree que un alumno, un adolescente no se puede sentir identificado con un texto clásico?

Así, la literatura no es solamente la descripción o las reacciones ante un movimiento político, un período histórico o una ideología, no es tampoco solamente una experiencia estética o un panfleto moralista, la literatura es todo y es más que eso. Reducir a la literatura, a la enseñanza de la literatura, a las expectativas de los alumnos, a hacerlos sentirse más identificados con el autor o la obra, no es hacerles un favor, es quitarles la oportunidad de ver más allá de lo que tienen en frente, de lo que su vida y sus problemas les ofrecen. Es limitarlos y subestimar su imaginación y su creatividad.

El imaginario no es algo con lo que se nazca. Es algo que se elabora, crece, se enriquece, se trabaja con cada encuentro, cada vez que algo nos altera. Cuando siempre se ha vivido en un mismo universo de horizontes estrechos, es fácil imaginar que no existe otra cosa. O cuando se sabe que existe otra cosa, imaginar que se tenga el derecho de aspirar a eso. (185)

En todo caso, no es algo que se descubre de manera espontánea.

c. Literatura y vida

“Urge disociar literatura y vida” (F. Rico citado por García; 1995: 9). Las palabras del profesor Francisco Rico recalcan la inmanencia de la literatura, y aunque es indudable que un lector a veces confunde los límites de la literatura y la vida real e incluso esto puede ayudarlo a sentir más una obra de arte. Es importante que su vida, sus prejuicios, sus propias ideas no lleguen a enmudecer lo que el autor está diciendo.

Rossenblatt afirma que “la literatura proporciona un *vivir a través*, no un *conocer sobre*”, sin embargo la literatura crea obras de arte, re-crea la realidad, por lo tanto vivir la literatura como sólo experiencias que hablan de la vida real y no como obras artísticas, priva al lector de disfrutar y de entrar a un mundo extraño. Gabriel García Márquez dice: “Debo de ser un lector muy ingenuo, porque nunca pensé que los novelistas quisiesen decir más de lo que dicen. Cuando... Kafka cuenta que... Samsa apareció... convertido en un gigantesco insecto, no me parece que sea símbolo de algo. (citado por Lerner; 2001: 115). La literatura vista sólo como un *vivir a través* corre el peligro de transformarse en algo que no es, de dejar de ser una obra artística, una re-creación, algo independiente y mágico distinto a lo que se encuentra en la vida diaria y en la experiencia personal. Si se le mira de otra manera, se corre el riesgo de pedirle cosas que no necesariamente debe de cumplir. Por ejemplo: “Una respuesta intensa a una obra tendrá sus raíces en capacidades y experiencias ya presentes en la personalidad y la mente del lector. Es importante recordar este principio cuando se seleccionan materiales literarios que se recomendarán a los estudiantes. (Rossenblatt; 2001: 69) Las respuestas intensas no tienen sus raíces en las capacidades y experiencias de los lectores, sino en las capacidades y potencial de la obra de arte para comunicar a través del lenguaje imágenes y sensaciones nuevas y explosivas. El potencial de una obra literaria para agrandar y transformar a sus lectores está en la obra literaria, no en la formación y personalidad de quien las lee; si fuera de otra manera, las obras no subsistirían más allá de su tiempo, morirían cuando el último lector deje de vivir experiencias similares a las que se encuentran en la obra.

Lo maravilloso de una obra de arte es precisamente su extrañeza (concepto al que me referí en el capítulo uno). Nada prepara para leer *El Quijote*, ninguna experiencia previa o tipo de personalidad acredita para acercarse y sentir más intensamente esta obra. Por otra parte, la única forma para "entrenarse" para leer el Quijote es leyéndolo, porque nada se parece a él. Se puede practicar (leer cosas que van con esa tradición, como el Guzmán o el Lazarillo), pero en el momento de la verdad es leyéndolo como uno se hace lector de *El Quijote*, en él se aprende o se le deja. Y sin embargo, un buen profesor si puede acercar más a un alumno a una obra maestra, mucho más que el tipo de personalidad o las experiencias previas del alumno. Un buen maestro debe de hacer que las experiencias de sus alumnos no encasillen su visión, sino que los ayuden a ser más receptivos y adquirir otro tipo de experiencias, experiencias como lectores.

Reading what one expects to find means finding what one already knows. Learning, on the other hand, means coming to know something one did not know before. Projecting is the opposite of learning. As long as we project onto a text, we cannot learn from it, we can only find what we already know. (Gallop; 2000:11)

Enseñar literatura debe de ir mucho más allá de buscar que el alumno se identifique, se proyecte en una obra de arte. Enseñar literatura es enseñar a ver, a escuchar, a sentir pero de otra manera, como se enseña a nadar. Son movimientos que se saben hacer, pero es un ambiente totalmente nuevo. Sumergirse en el agua es entrar en otro mundo, un mundo que parece no tener gravedad, donde las sensaciones son distintas, donde los conceptos de arriba y abajo adquieren otros significados, donde se toma conciencia de la manera en que se ve, se escucha y se siente.

d. Profesores, libros de texto y didáctica de la literatura

El faraón dice a Thoth, dios egipcio creador de la escritura:

You, who are the father of letters, have been led by your affection to ascribe to them a power the opposite of which they really possess... you have invented an elixir not of memory but of reminding; and you offer your pupils the appearance of wisdom, not true wisdom, for they will read many things without instruction and will therefore seem to know many things, when they are for the most part ignorant” (Socrates citado por Robinson; 1999: 8)

La lectura no es por sí sola un bien, se convierte en un bien, en conocimiento cuando se le comprende, cuando se le discute, cuando vuelve a ser parte de una acción social y de un diálogo que enriquece. Dar un texto difícil a un alumno y pretender que lo entienda y lo disfrute aún sin comprender bien las palabras que en él vienen, es querer hacerlo sentir que está aprendiendo algo, cuando realmente no está más que recordando datos o aprobando una asignatura. La enseñanza de la palabra escrita, no es enseñar datos accesorios, es enseñar a leer, a leer mejor para adquirir algo del conocimiento que la obra escrita quiere transmitir, enseñar de otra manera no es educar.

El entusiasmo por la literatura, el que un alumno se sienta o no se sienta atraído por un texto dentro del salón, hay que admitirlo, no siempre es culpa del texto. Que a un texto se le vea como algo impenetrable o con lo que no se puede uno identificar, es en ocasiones culpa de los mismos alumnos, los profesores de literatura o de los libros de texto que se utilizan.

Hace años que colecciono estas perlas con las que los profesores de literatura pervierten a sus alumnos. Conozco uno, de muy buena

fe, para quien la abuela desalmada... es el símbolo del capitalismo insaciable. Un profesor católico enseñaba que la subida al cielo de Remedios era una transposición poética del ascenso en cuerpo y alma de la Virgen María. (García Márquez citado por Lerner; 2001: 116)

No es posible que *El Quijote* haya logrado tocar a tantos y tan diversos lectores en todas partes del mundo, y que un adolescente no se sienta atraído por la obra, cuando tiene además un tutor que lo ayude a penetrar en los misterios de la novela. No se trata de cambiar el currículum, de “adaptar el programa a la mentalidad, hábitos de lectura y otras circunstancias del alumno” (García; 1995:14) sino de buscar la manera de acercar a los alumnos a su herencia cultural, a las obras que han influido la manera en que se conceptualiza el mundo en el que viven. Si se les quita esta oportunidad, no siempre es porque los adolescentes sean incapaces, “con limitadas capacidades de análisis y abstracción” (39) sino porque la escuela no les ha ayudado a desarrollar estas capacidades adecuadamente.

Al hojear un texto de poesía para el primer año de preparatoria... [leí] la antigua balada escocesa “Edward, Edward” cuando terminé el poema fue como si hubiese participado en una tragedia griega muy condensada...Y entonces pasé la página – “como se llama este tipo de poema? ¿qué características tiene en común con otros poemas de este tipo? ¿Cuál es el efecto del estribillo?” El impacto de esas preguntas me alejó de todo lo que había experimentado mientras leía el texto –la estructura de sentimiento provocada por la trama, mi animo ensombreciéndose a medida que veía la destrucción de la familia por el desesperado crimen y la desesperada penitencia del hijo, el horror del último diálogo. Por un momento fui el estudiante, groseramente arrancado de todo esto por las preguntas del editor de ese libro de texto. (maestro anónimo citado por Rosenblatt; 2002: 94)

Un buen maestro de literatura hace que se disfrute más la obra que se lee, tiende puentes hacia la comprensión del texto, agudiza y desarrolla la sensibilidad literaria de los alumnos. Cuando yo leí por primera vez *El Quijote* el capítulo XXXVI presentó para mí una contradicción que no entendía. Dorotea es una labradora engañada por Fernando, cierto duque que haciéndola su esposa en secreto se aprovechó de ella y la dejó, casándose después con Luscinda, mujer de alta cuna y novia de su amigo. Dorotea despechada y deshonrada huye de su casa y se esconde, vestida de hombre, en una sierra en la que por casualidad se encuentra Don Quijote. Dorotea se encuentra en la venta (en la que junto con Don Quijote y compañía va a pasar la noche) con Fernando y Luscinda, a quien don Fernando acaba de secuestrar al intentar ella recluirse en un convento lejos de su esposo, a quien no ama. En la venta, Dorotea y don Fernando se reconocen, y ella abrazada a sus rodillas le dice que le adora y que la reconozca y admita como su esposa. “y si no me quieres por la que soy, que soy tu verdadera y legítima esposa, quiéreme, a lo menos, y admítame por tu esclava; que como yo esté en tu poder, me tendré por dichosa y bien afortunada”. (Cervantes; 1991:451). Cuando leí por primera vez este capítulo, basando mis reflexiones más en mis opiniones personales e ideológicas que en lo que decía la obra, creía que lo que hacía Dorotea estaba mal, que Fernando no merecía a una mujer bella, sensible e inteligente como ella. Y que además, en este fragmento se mostraba cierto estereotipo de la mujer al que yo rehuía. Dorotea, quien al contar su historia a Cardenio, al cura y al barbero, habla de Don Fernando como un traidor y abusivo, cambia su parecer y al verlo, le suplica. Sin embargo, cuando un mentor me dijo: Dorotea es una mujer muy inteligente, al final consiguió lo que quería: recuperar su honra y subir de clase social; leí de manera completamente distinta las palabras de

Dorotea. En éste caso, mis experiencias propias habían funcionado en detrimento de mi comprensión de la obra. Dorotea logra convencer a Fernando de sus razones, “no permitas, con dejarme y desampararme, que se hagan y junten corrillos en mi deshonra; no des tan mala vejez a mis padres... En fin señor, lo que últimamente te digo es que, quieras o no quieras, yo soy tu esposa” (451) fue su inteligencia y no sólo su belleza quien le permitió lograr lo que quería: “Venciste, hermosa Dorotea, venciste; porque no es posible tener ánimo para negar tantas verdades juntas” (452).

Cuando releí El Quijote, pensando en las palabras de mi mentor, la visión de Dorotea y de todo el capítulo cambió completamente, indudablemente se amplió. “Un estado mental, una preocupación, un prejuicio... pueden volvernos especialmente receptivos o impenetrables a lo que la obra nos ofrece”. (Rossenblatt; 2002:62)

Existen aberraciones dentro de la didáctica de la literatura como la siguiente que propone que “la selección de la metodología [dependa] de factores... como las expectativas de los alumnos en relación a sus estudios y a la asignatura misma” (García; 1995: 14). Así, ¿si el alumno no tiene ninguna expectativa ante la literatura, como puede llegar a pasar, especialmente después de repasar los temores que hacia los libros existen, no se les debe de enseñar nada? ¿Se les deben enseñar, entonces libros o historietas como memín pinguín? Creo que las expectativas hacia la literatura, como hacia cualquier otra materia escolar, no las dan únicamente los alumnos, sino el sistema escolar. Muchos alumnos preferirían no leer (como efectivamente sucede cuando tienen en sus manos el tiempo libre) y por cierto, igual y no estudiar nada por completo. Sí se convierte a la

literatura en un estudio puramente subjetivo, que se puede regir por las experiencias o expectativas de los chicos, mejor no enseñar literatura en absoluto.

Ahora bien, las categorías formales tales como narrador, punto de vista, motivo poético... no son desde luego las que mejor pueden servir de inductor a alumnos que conocen escasamente la literatura... lo cierto es que numerosos alumnos apenas muestran algún interés por leer un libro o entender plenamente un relato, y mucho menos por reconocer estos elementos formales. (39)

La escuela del formalismo y la de los *New Critics*, que surgió hace más de sesenta años logra deshacer argumentos como el presentado arriba. Habla de que para poder apreciar y entender la literatura se necesita primero que nada, *leerla*; esto significa darle primacía al lenguaje. El texto literario entonces es una forma orgánica consistente y coherente con una vitalidad interna que se tiene que buscar y apreciar. Es en el lenguaje donde se encuentra el arte y la belleza de una obra literaria. ¿Sí no se toman en cuenta las categorías formales de un texto, cómo entonces puede reconocerse una obra de arte? Los formalistas insistían en la presencia dentro del texto mismo de todo lo necesario para su análisis. La vida del autor, la historia de su tiempo, la situación económica o social, en fin, todo lo que está fuera de la obra es irrelevante para entenderla. “*they turned the attention of teachers, students, critics, and readers to the essential matter: what the work says and how it says it as inseparable issues*”. (Guerin; 1992: 72) Esta corriente sin embargo olvidó que las obras literarias son escritas por personas quienes responden e interactúan con sus sociedades como sujetos. Al ser las obras creaciones temporales, existen factores fuera del texto mismo que ayudan a explicar y a interpretar de una manera más completa la maravilla y la belleza de una obra literaria. El lenguaje existe

para decir algo por lo tanto, sus referentes están fuera del mismo lenguaje. Es verdad que las categorías formales por sí solas no explican ni le hacen justicia a las obras de arte, sin embargo las interpretaciones que se logran a través de un análisis más riguroso de una obra de arte, indudablemente serán más valiosas que no tomando en cuenta estas categorías.

Más que apoyarse en las experiencias previas o en las expectativas de los alumnos, lo prioritario para la enseñanza de la literatura debería de ser la competencia literaria, es decir, formar a los alumnos como lectores cuidadosos en sus análisis de las obras y capaces de adentrarse en un texto literario no con una actitud distante y erudita (como la nombrada arriba), pero si curiosa, inteligente y respetuosa hacia el texto literario. Fomentar la sensibilidad literaria y la receptividad, darles las herramientas y la información necesaria que los ayude a ser mejores lectores, a disfrutar más una obra determinada y a entender y escuchar lo que el autor está tratando de decir, para así atraerlos a leer, a intentar leer mejor, deberían de ser las prioridades dentro de la enseñanza de la literatura.